

Los Alimentos Transgénicos como “Solución” al Hambre

Sasha Barrio Healey*

La política agraria gestada en silencio en el ministerio de Agricultura y el INIA, de apoyo a la agricultura transgénica, a pesar que todo, demuestra que sería una desventaja económica, a pesar de lo importante que es preservar la biodiversidad del país y el riesgo que impone a la salud.

Aun así, se excusaba el ministro de Agricultura Ismael Benavides con el argumento del hambre: “*los transgénicos alivian las hambrunas, si se compara el aumento de la productividad de los alimentos con la expansión de la población, se observa que la segunda crece más rápido. A ese ritmo, la biotecnología es fundamental para mantener una alta producción y mejores rendimientos y para que la humanidad no se muera de hambre*” (Perú 21, viernes 20 de junio de 2008).

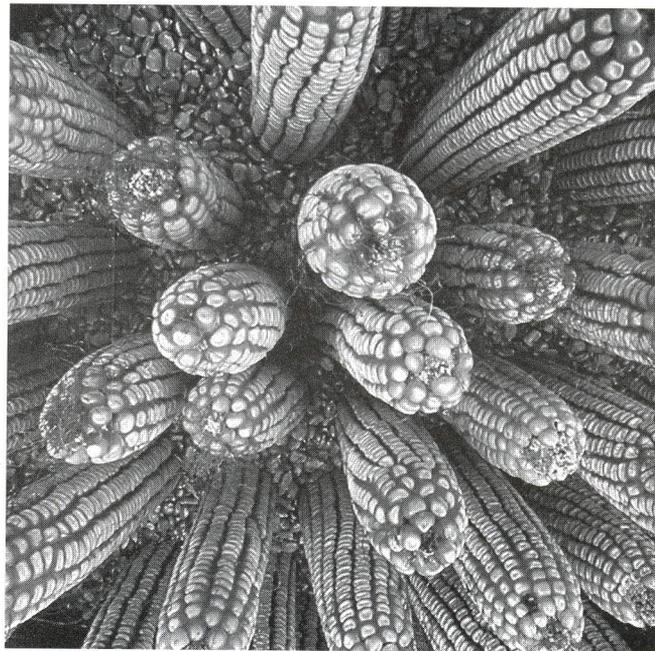
En un debate radial recientemente se dijo que era preferible tener las alergias y el riesgo de los transgénicos, que el hambre por falta de alimento, y se presenta al alimento transgénico como una necesidad de vida o muerte.

Este argumento es la razón de fuerza usada para abrir la puerta al transgénico en el país, y ante el cual ningún ecologista puede moralmente poner objeción. La utopía de preservar el medio ambiente sería un imposible cuando la humanidad pelagra de hambre.

Por otro lado, es una quimérica ilusión que los cultivos transgénicos tengan mayor productividad, sabemos que la soya transgénica tiene entre 4 a 10% menor productividad que la soya natural según los estudios realizados por el Dr. Oplinger en la Universidad de Wisconsin. Investigaciones en la Universidad de Kansas demuestran 10% menor productividad en la soya transgénica *round up ready*, y que precisa de aplicación extra de magnesio para poder compensar el déficit de rendimiento. La transferencia de genes de bacterias hacia plantas se realiza principalmente para resistir plagas, pero entre los diversos efectos secundarios está tener igual o menor productividad que sus semejantes naturales, algo que la misma Monsanto reconoce públicamente.

Para el agricultor, el atractivo del cultivo transgénico radica en reducir la mano de obra, (sólo en Argentina son 150.000 desplazados) ya no se limpia la tierra, se esparcen herbicidas y sólo los cultivos transgénicos los resisten. Para la empresa que los vende, tienen un entretejido negocio de patentar semillas, y vender mano a mano, paquetes de herbicidas y semillas.

Así mismo tendríamos que responder la pregunta; qué sucede con las semillas transgénicas estériles, semillas con el llamado gen *terminator*. ¿No es acaso peligrosa la venta de semillas estériles, donde existe la posibilidad que el



agricultor no pueda adquirir nuevas semillas? Una cautiva realidad en la que el agricultor depende de una transnacional, y de los precios que le imponga. La esterilización de semillas y la dependencia que implica, no solo es peligroso, sino inmoral de aceptar.

En el caso de la Argentina, el 92% de la soya exportada es destinada a ser alimento animal. En su gran mayoría es destinada al mercado chino. El país célebre por su dieta saludable, amplio consumo de verduras, arroz, pescado y modesto consumo de carne animal, hoy en día ha desatado un desafortunado consumo de carne animal. En 1980 el ciudadano chino promedio consumía 20 kg de carne al año. Con unos 300 millones de personas adicionales, el año pasado ascendió el consumo a 54 kg. Esto representa 60 millones de toneladas de carne al año, lo que equivale a 240 millones de vacas, 600 millones de cerdos, y 24,000 millones de pollos. Por cada kilogramo de carne de res, el granjero precisa 8 kilos de granos, por cada kilo de cerdo usará 6 kilos de granos.

En todo el mundo se calculan usar unos 700 millones de toneladas de granos para engordar animales. Nos inquieta saber que sucederá en el planeta, con el precio de los granos, con la tendencia China de cada vez mayor consumo de carne, y con la demanda por el biodiesel, la expansión de la ganadería. En países industrializados el consumo de carne anual llega a los 120 kg. El terreno disponible para cultivo de alimentos no es ilimitado.

Para suplir a las cadenas de restaurantes de comida rápida, se ha creado el camal de *ConAgra* en Colorado EEUU, donde esperan su inapelable final cerca de 200.000

* *Director de Avantari. Centro Internacional de Terapias e Investigación Médica.*
www.advantari.com

cabezas de ganado. En los meses previos al sacrificio, cada animal recibe 1362 kg de granos, en su mayoría maíz o soya transgénica, para así poder engordar en promedio tan sólo 181 kg de peso. Este proceso además de ser ineficiente ante a las necesidades alimenticias de la humanidad, genera un mayúsculo problema de desperdicios, cada cabeza de ganado produce 23 kg de orina y excrementos diarios, lo que suma 4,600,000 kg de excrementos por día sólo en este camal. Este excremento no se lleva a plantas de tratamiento como el desperdicio humano, sino que es arrojado en vastas cuencas, llamados lagos de excrementos. De los granos alimentados al ganado el 86,71% se transfigura en excremento. Sólo en el matadero de ConAgra se produce más excremento que la combinación conjunta de las cloacas de Denver, Atlanta, St. Louis y Boston. Triste y funestamente podemos decir que esta náutica defecación de granos transgénicos dejó de ser alimento crítico para países enteros, y poco podemos resaltar sobre la calidad nutritiva del destino final de esta carne, la hamburguesa. La cual también está envuelta de pan de trigo, donde el grano integral se ha transformado en una pusilánime esponja de carbohidratos.

En un futuro la humanidad gradualmente tendrá que moderar su consumo de carne, no sólo por ética, salud, sobrepeso, colesterol o higiene sino porque la proteína vegetal es más barata, más eficiente y propiciamente más sana. Un kilo de carne animal necesita 15 veces más agua y 10 veces más terreno que un semejante kilo de proteína vegetal.

Algunos lectores concluirán que la solución está en el consumo directo de carne y leche de soya transgénica, y maíz transgénico. La explicación de por qué esto no es el caso, es motivo de otra reflexión. Para los lectores interesados, pueden referir al texto. "¿Es seguro consumir soya?".

Como es razonable suponer la salud del pueblo chino ha decaído, se enfrenta a grandes epidemias de diabetes, quince años después de la reformas económicas la población de obesos en la china se ha duplicado, alcanzando ahora los 200 millones, una cifra cercana al doble de la población de todo el Brasil. En EE.UU. la malnutrición y obesidad es una grotesca epidemia de proporciones mayores. En el fondo ambos países presentan hambre de nutrientes sanos en sus células. A la par de los excesos de grasas y azúcares hay profundas carencias en su alimentación. Coexiste en simultáneo la malnutrición y la desnutrición.

En África sucede lo mismo. Entre muchas causas, el común denominador de las hambrunas africanas se debe a que sus tierras de cultivo se dedican a producir alimentos balanceados para exportación, como sorgo, mijo y soya.

Cuando de Latinoamérica se trata veamos lo que dice la FAO.

"La FAO advierte que unas 52 millones de personas de la región latinoamericana no se alimentan adecuadamente, provocando que una de cada diez personas no pueda satisfacer sus demandas alimenticias, con más de 4.1 millones de niños con bajo peso, y nueve millones con des-

nutrición crónica o retardo en el crecimiento. Estos datos se ven agravados por el hecho de que la región produce una cantidad de alimentos, no sólo suficiente, sino que sobrepasa en un tercio los requerimientos de la población."

Es decir el problema está en la distribución de alimentos y no en la carencia de los mismos. El problema no es tanto la falta de alimentos en el mundo, como la imposibilidad de acceder a ellos. El sector agrícola tuvo en todo el mundo una producción récord de 2.300 millones de toneladas de granos en 2007, un 4% más que el año anterior. Desde 1961, la producción mundial de cereales se ha triplicado, mientras que la población sólo se ha duplicado.

El tema del hambre requiere más juicio y visión que embarcarse a dilapidar la biodiversidad, salud y economía de un país con el negocio de los transgénicos. No se trata sólo de llenar la barriga con cualquier masa de comidas, así como se empanzan a ciegas los animales de engorde. No se trata solamente de no tener hambre sino de alimentarse bien. Los transgénicos son empobrecidos nutricionalmente, tienen menor concentración de nutrientes, además de estar henchidos de sustancias peligrosas. Con los transgénicos sembramos un inconcebible futuro de hombres diabéticos, con cáncer, obesos, en el primer mundo, y otros millones hambrientos y famélicos en los países pobres, que no pueden pagar el precio alto de los granos, o se desgastan y enferman por consumir transgénicos.

Con el alimento transgénico nadie va enfermar o morir de súbito, pero lentamente se apollan los órganos internos, silenciosamente se emponzoña la sangre con las proteínas tóxicas de bacterias, que son los plaguicidas y herbicidas que están intrínsecamente sintetizados dentro de la proteína del grano. Ocurre que esta opción de alimentación sucede en un ámbito de oscuridad donde la población desconoce lo que consume, ignora las consecuencias, y con ciego apetito prosigue su diario masticar.

La naturaleza ha creado barreras genéticas infranqueables entre las especies, los gametos de dos especies diferentes no son fecundables. La zoofilia nunca ha engendrado híbridos, de lo contrario tendríamos en nuestra sociedad centauros y sirenas y toda clase de individuos zoomórficos o árboles con plumas. Lo que se practica ahora con la transgenia, nunca ha sucedido en la historia de la evolución de las especies. Usando artificios forzosos se implantan genes donde jamás esperaríamos encontrarlos, de peces hacia tomates, desde bacterias y virus hacia el maíz, esto abre una gran caja de Pandora de incertidumbre sobre lo que estamos desatando al manipular el material genético.

No es un caso de tener objeciones morales o religiosas a la transferencia de genes, se trata de reconocer que en el fondo los cultivos transgénicos no es una tecnología humanitaria y filantrópica que salvará al planeta del hambre. No debemos confundir las indiscutibles proezas de la ingeniería genética con una creación de corporaciones de agroquímicos (Monsanto, Syngenta). En pocas palabras es un creación diseñada para hacer dinero, vender agroquímicos, patentar la naturaleza, sin medir las consecuen-

cias y al precio que sea; una práctica que no respeta el medio ambiente, la salud o la soberanía de los pueblos agrícolas como el nuestro. Desde luego que hay corporaciones con motivaciones loables, benefactoras, y no estamos opuestos al crecimiento económico, más aún lo deseamos, pero éste es un claro ejemplo de un capitalismo feroz e inhumano.

La agricultura intensiva es compatible con la agricultura orgánica, pero esta última no es compatible con la agricultura de cultivos transgénicos, no pueden coexistir juntos, se contaminan por aire, viento y polinización, y se pierde la certificación, con lo que cae el precio del producto significativamente.

Sobre el biodiesel, ya se reconoce que no es un factor que resolverá el problema del calentamiento global y de continuar expandiéndose nos empujará a unos límites peligrosos de falta de alimentos y sobreprecio de los mismos.

Los biocombustibles, tanto el biodiesel como el etanol para ser mezclado con la gasolina (como antidetonante que sustituye al plomo y como volumen de combustible) han generado una tal demanda de los insumos de trigo, maíz y otros granos mayormente transgénicos que, sumados a la demanda creciente de la China y de la India, han terminado triplicando el precio del trigo en el mercado mundial y duplicado el de maíz. Tomando en cuenta el calentamiento global, los efectos netos en términos energéticos de estos biocombustibles no es tan favorable como se sostiene, porque si bien extraen CO₂ del ambiente, y lo devuelven al quemarse, implican de todos modos un consumo energético importante en su producción, ya sea en la forma de transporte, tractores, extracción de combustibles o de energía eléctrica, por lo que su efecto neto puede incluso ser negativo. Y el efecto neto sobre la oferta de alimentos en el mundo es visiblemente desastroso, ha agravado la escasez de alimentos.

En todo caso el ministro de Agricultura debería saber que el hambre en Latinoamérica no vendrá dentro de 20, 30 o 100 años, es una realidad ahora, aun cuando en la actualidad tenemos suficiente alimento para todos. También es una realidad que tenemos un conjunto de granos privilegiados por su poder nutritivo. El tarwi, la quinua, la kañiwa, sachá inchi y la kiwicha, son todos inigualablemente ricos en proteína y clasificados entre los más nutritivos del mundo. No se exagera en decir que preservar la integridad genética, y la amplia biodiversidad de cada uno de estos granos y plantas nativas peruanas no sólo garantiza protección contra el hambre al país, a la región latinoamericana, sino al planeta entero.

Lo que internacionalmente se conoce como *potato*, *maize*, *amaranth*, *quinua*, *beans*, *avocado*, *tomato* y *lima beans*, son alimentos andinos, de consumo diario y de primera necesidad en el mundo entero. Con la papa, el maíz, la quinua, el frejol, el tomate, la palta, el pallar, y tantos más, la región andina es, (y será), un centro pilar de biodiversidad primordial que sostiene (y sostendrá) a la humanidad. No sólo nos provee un hombre sin hambre sino con

óptima calidad nutricional en su sangre, una humanidad sana, fuerte, sabia y feliz.

Empujado a límites inimaginables de peligro y amenaza por el futuro de nuestro país, apelamos al sentido común de un pueblo que históricamente ha amado a su tierra, sus cultivos, sus semillas cada uno más hermoso y delicioso que el otro. Apelamos a que se tomen decisiones donde se honre la verdad, donde nos juguemos la vida por un bien común mayor, donde pongamos de lado los intereses de unos cuantos y podamos abrazar a toda la tierra y a todos sus habitantes.

En nombre de esta tierra de papas, camotes, choclos y todo género maravillas para la salud del país y de la humanidad, pedimos que nuestros hijos se alimenten con la verdad en sus corazones, con dignidad, pureza, coraje y que no vivan hundidos en una telaraña oscura de intereses corporativos. Nuestro más sincero deseo es que continuemos disfrutando la canasta de alimentos, un admirable festival de sabores gourmet. Cualquiera que sea la elección que tome el Ministro, las autoridades y el pueblo, para todos un buen provecho.

Nota complementaria

El Malthusianismo, o las proyecciones apocalípticas que somos un planeta camino a la extinción debido al crecimiento demográfico, es una teoría del siglo XVI ya fidedignamente descartada. Nunca se cumplieron las profecías de Tomas Malthus (1766-1834), más aún, la capacidad productiva actual excede largamente las necesidades básicas de alimentación. Sin embargo, si en algún rincón del mundo podría soñarse este escenario es en el Perú, somos un país con tan sólo 7% de territorio apto para la agricultura, sólo 3 millones de hectáreas de área cultivable. Si consignamos solamente 1% del territorio nacional para biodiesel y otro tanto para cultivos transgénicos, y se sabe que al menos una tercera parte del territorio arable son pastizales para animales. Entonces dónde vamos a sembrar los alimentos auténticos y legítimos, las legumbres y verduras, la papa amarilla, perejil, zanahoria, camote, brócoli, alcachofa y chirimoya. Más allá de granos calóricos, naturalmente sabemos que el hombre precisa de un amplio espectro de alimentos frescos y nutritivos, para asegurar su inteligencia y salud.

Fuentes:

- Jeffrey Smith, The genetic Roulette. The documented health risks of genetically engineered foods. Yes Books, Fairfield IOWA. 2007.)
- The guardian. United Kingdom. 15th May 2008.
- Schollosser, Eric. Fast Food Nation. Penguin. London. 2002.

Bibliografía:

- Es Seguro consumir soya?:
- (1) Cousens, Gabriel. MD Concious Eating. North atlantic books. Berkeley. California. 2000.
- (2) Daniel, Kaayla. Phd CCN. The Whole soy story. Washington, New Trends Publishing. 2005.
- (3) Jeffrey Smith, Genetic Roulette. The documented health risks of genetically engineered foods. Yes Books, Fairfield IOWA. 2007.
- Lambrecht, Hill. La Guerra de los Alimentos transgénicos. Integral. 2003 Barcelona. (MV)